NUM. 29. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 16 DE JULIO DE 1865. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO IX.

REVISTA DE LA SEMANA.

El primer pensamiento que se *me ocurre al tomar la pluma*, es que hace mucho calor. La noticia no es nada *fresca*, convengo en ello; pero fuerza será me concedais que esto es lo que mas nos *achicarra* por el momento; y yo veo por ahí á la gente tan *sofocada* como si se hubiese prendido fuego á la villa por los cuatro costados.

En vano se busca un corto lenitivo al mal que nos aqueja en las casas de baños; porque el refrescon no dura mas que el tiempo en que uno permanece debajo del agua, que no puede ser mucho; y á la verdad eso no compensa el aburrimiento de una ó dos horas de espera que tiene que sufrir cada bañista, hasta que le llega la vez. Tambien en los baños hay cola.

¡Dichosos los que pueden zambullirse en el mar á la hora en que lo desean; y respirar todo el dia su fresca brisa, y deleitarse á la sombra de un emparrado, regalando sus sentidos *con el variado matiz* y suave perfume de las flores y el murmullo de la fuente!

Ya se sabe: los sueños del hambriento son de pan y jamon: los del *habitante de un páramo, el sol de julio*; los del que le goza en Madrid, los jardines de Valencia y las nieves de Navidad.

Esto me *trae á la memoria, cierto sermon que hace* años se predicó en un lugar de la montaña. Era el último dia de año, y el asunto de la oracion el juicio final. El predicador, inspirado en el mas ardiente celo por la salvacion de las almas, trataba de infundir á sus oyentes horror al pecado, haciendo una terrible pintura del infierno y de sus penas.

«Figuraos, decia, un estenso páramo, cubierto de eterna nieve helada, donde seria imposible vivir un instante, á no estar condenados los precitos á fatal inmortalidad. De las nubes se desprende de continuo una lluvia de copos endurecidos que azotan los cuerpos, causándoles innumerables heridas, que el indecible frio mantiene en perpetua inflamacion con espantosos dolores. Helados los huesos, heladas las entrañas, helada la carne, sienten aquellos infelices un tormento insoportable, sin que un rayo de sol, una chispa de fuego, venga jamás á mitigar un solo instante sus horribles sufrimientos.»

Acabado el sermon, y la misa, el cura del pueblo llamó aparte al predicador, y le manifestó su estrañeza *porque habia descrito el infierno como un lugar de* frio, cuando, segun los libros santos, es un lugar de fuego; á lo cual replicó el interpelado:

—Confieso que me *he permitido esa licencia*, pero Dios sabe que mi intencion ha sido buena. ¿Pues no advierte usted, señor cura, que si en este pueblo tan abundante en nieves y hielo y tan escaso en leña, se hablase en el rigor del invierno de una casa de fuego, con baños de aceite hirviendo, serian capaces las gentes de pensar en el infierno con amor, en vez de odiarlo con espanto?

Volviendo al calor, y para consuelo de los que le sufren, debo decirles que en Filipinas ha sido tan estraordinario este año, como que á él se atribuyen los incendios que han tenido lugar en las inmediaciones de Manila; aunque á juzgar por lo que he leido en una carta particular, los tales incendios han debido tener mas de intencionados que de casuales, como parece probarlo el bando publicado por aquella autoridad superior, y la creacion de un consejo de guerra permanente, para *juzgar y castigar á los incendiarios* y á los que sacan partido de los incendios; con lo cual parece ser que se ha calmado un tanto la alarma é intranquilidad en que *vivian las gentes en aquel infortunado pais.*

Infortunado verdaderamente; pues en los dias 30 de abril y 2 de mayo, ardieron por completo cuatro de los *mas populosos é importantes arrabales de la ciudad*, quedando reducidas á cenizas mas de nueve mil casas, y sin hogar sobre noventa mil personas. Calculen mis lectores el cuadro que ofrecerá Manila, cuya mitad era ya un monton de ruinas desde el terrible terremoto que la asoló no há mucho, y hoy ve convertida gran parte de la otra mitad en pavesas y escombros humeantes.

La situacion de aquella lejana colonia es en estremo crítica, no tanto por las pérdidas materiales que ha esperimentado, aunque esto es mucho, como por el espíritu, que segun dicen, cunde entre los indígenas. Por el momento, y merced á sus condiciones morales, solo pueden temerse hechos aislados como los de los incendios; pero esas condiciones pueden sufrir notable cambio en pocos dias, y sobrevenir un conflicto sério.

No hay duda en que esto habrá llamado ya la atencion del gobierno español, quien sabrá dictar medidas bastante eficaces para que una buena y prudente administracion, aleje de nuestras colonias de Asia toda probabilidad de nuevas desdichas.

Y ya *que de desdichas hablamos, hablemos del cólera*. Me habia propuesto no ocuparme en tan molesto viajero, porque el anuncio de su aparicion en Alejandría de Egipto, y por consiguiente su *posible tránsito* por Europa, no era noticia muy agradable, y soy poco aficionado á causar disgustos. Hartos tiene cada uno en su casa ó en sí mismo, para que vaya yo á aumentárselos con lecturas terroríficas, donde tiene derecho el lector á encontrar solaz y esparcimiento.

Afortunadamente, la terrible plaga se ha concretado al punto de su aparicion, donde ha disminuido notablemente, y no es de temer que invada el mundo civilizado; pues parece que las causas que lo motivaron son mas locales que epidémicas.

En efecto, las numerosas caravanas que atraviesan aquel pais en peregrinacion á la Meca y monte Ararat, las cuales se componen anualmente de seiscientas á setecientas mil personas, han incubado la mortífera enfermedad; pues ya se sabe que cada árabe es un foquito de infeccion y muchos juntos un gran foco capaz de engendrar *al mismo diablo*.

¡Cuándo penetrará por completo la civilizacion en Africa! Todo el mundo tiene derecho á exigir se le libre *de las molestias de un mal vecino*, y la Europa podria mirar con seriedad los daños que le causa la barbarie de esos pueblos tan inmediatos á ella.

Sobre *300,000 personas emigraron* de Alejandría al desarrollarse el cólera; y el virey, no queriendo ser menos, picó tambien soleta, diciendo: «Arréglese cada uno como pueda.» *¡Cómo se habrán arreglado los pobres*, abandonados por los ricos, y hasta por la autoridad!

No he tenido noticias sobre la máquina que, mas ligera y mas pesada que el aire, debia remontar el

vuelo en el jardin del Luxemburgo; pero en cambio he sabido que Mr. Nadar ha hecho una ascension en Lion, en su globo el *Gigante*, recorriendo un considerable espacio en nueve horas, y viniendo á descender en Saint-Agrave con toda felicidad.

Mas aquí no se trata de la direccion del aparato aéreo, sino de un viaje al acaso y á merced de los vientos; y en cuanto á eso no me llamo á la parte.

Ya que no tengamos que celebrar por ahora tan útil invento, tendremos que llorar por ventura otro que por segunda vez va á ensayarse en Tolon. Se trata de una máquina incendiaria sub-marina, proyectada por el vice-almirante Chabannes. Compónese de un recipiente capaz de contener de 8 á 10 kilógramos de pólvora, dispuesto de manera que pueda fijarse en los fondos del buque; y prendiéndole fuego por medio de la electricidad, produce terribles efectos de destruccion.

¡El hombre siempre ideando la manera de destruir!... ¡Traslado al congreso aquel de la paz universal!

Afortunadamente se trata de otro congreso, donde se den los soberanos sendos apretones de manos, quedando en plena paz y mutua confianza, en términos que sea posible restituir á sus familias la mitad de los soldados que hoy mantiene cada nacion sobre las armas, y renazca la edad de oro en el mundo....

Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

LEON GALINDO Y DE VERA.

EL HIELO SUBTERRANEO.

Es una ley de la naturaleza reconocida universalmente en el dia, que la temperatura baja de una masa constituida de un modo ordinario, va en aumento desde la superficie hácia el centro. Así puede calcularse hasta qué grado llegaria la temperatura dada de una masa de granito en el lugar mas distante de la superficie general. En cuanto al globo que habitamos, es fácil determinar á qué punto se encontraria ya en un estado de fusion.

La ley de aumento de calor, á medida que se desciende de la superficie hácia el centro de la tierra, se ha considerado de diferentes modos segun el resultado de los diferentes esperimentos. Los pozos artesianos de Paris, los sondajes hechos para un pozo en Pregny, cerca de Ginebra, y algunas otras obras semejantes han suministrado los medios de observar este aumento de calor, y aunque se han notado algunas variaciones curiosas, parece que por cada 50 ó 60 pies que se profundiza, la temperatura se eleva un grado de Fahrenheit. En el continente de América, se ha hecho tambien un estudio práctico de los fenómenos termométricos relativos á la penetracion horizontal en la roca viva y los resultados han demostrado que rige la misma ley en esto que en la penetracion vertical.

Por otra parte se sabe tambien que la temperatura de la superficie de la tierra desciende gradualmente á medida que se va subiendo á una elevacion cualquiera. Un exámen minucioso se ha hecho respecto á esto en Suiza y en algunos distritos mineros de Alemania. Para servirnos de números redondos, diremos que se pierde un grado de Fahrenheit en el calor de la temperatura por cada 300 pies de elevacion vertical. Así en la latitud de Ginebra, cuya temperatura viene á ser 55º de Fahrenheit, el punto del suelo en que ésta fuese de 32º se alcanzaria á una altura de 6,472 pies sobre el nivel del mar. En la latitud de San Bernardo, que está 21' mas al Sur el punto requerido estaria á 7,079 pies sobre el nivel del mar y en Munich á 6,392.

Es claro que puede existir hielo subterráneo permanente bajo circunstancias favorables, en elevaciones que varíen de 6,000 á 7,000 pies segun la latitud. Pero si se llegara á una profundidad ya algo importante debajo de la superficie, la dificultad de conservar el hielo aun á una elevacion tal aumentaria bastante. Por ejemplo en una profundidad de 120 pies en las cercanías del monte San Bernardo, si la elevacion de la superficie fuera de 7,079 pies, la temperatura media del interior seria de 34º Fahrenheit por lo menos, y parece imposible que allí pudiera conservarse hielo permanente sin ningun auxilio artificial. Debe añadirse tambien, porque esto es un elemento importante en el problema del hielo subterráneo, que la llamada capa ó *stratum* invariable, profundidad en que no se perciben los cambios de temperatura en invierno ni en verano, se alcanza pronto. En los trópicos, algunos esperimentos que se han hecho parecen demostrar que ningun cambio de temperatura llega mas allá de 1 pie debajo de la superficie, y en latitudes templadas mas allá de 60 pies. Humboldt manifestó que en la latitud de la Francia central las variaciones anuales de temperatura no esceden 1º Fahrenheit á los 30 pies de profundidad.

Se sabe desde hace mucho tiempo que en el continente de Europa hay cuevas de hielo que parecen contradecir todas las leyes ordinarias fundadas en las observaciones y esperimentos mas vastos. En 1590 un escritor que hizo la descripcion del Franco Condado, advirtió la bondad que habia mostrado la naturaleza con los que gustan de bebidas frias en el verano, porque en una gruta cerca de Leugné se encontraba hielo aun en el tiempo mas caloroso. Esta era sin duda alguna la famosa gruta de hielo de Besanzon, que se halla á unas siete leguas y media de la ciudad, cerca de la abadía de la Gracia de Dios. La Academia francesa se ha estado ocupando durante doscientos años de esta gruta, haciéndola examinar minuciosamente; respecto á ella se hallan noticias en casi todos los periódicos científicos de Francia, especialmente en las memorias de la Academia, en los Anales de química, etc., etc., y en la Enciclopedia. Hericart de Thury descubrió tambien á principios de este siglo otra gruta de hielo en el Delfinado; la descripcion que hizo de ella la publicó por primera vez en los Anales de las minas, y de allí la tomó el Diario de ciencias de Edimburgo. Una ó dos cuevas semejantes se han conocido durante algun tiempo en las cercanías de Ginebra y Pictet; Deluc y otros se han ocupado de ellas. Sir R. Murchison halló en el distrito de Oremburgo, en Rusia, una cueva de hielo que presentaba el fenómeno de estar espuesta al calor esterno, y el teniente Burslem visitó otra aun mas notable en las alturas de Kunduz, en el Noroeste de la India; hay todavía algunos otros ejemplos de cuevas semejantes, pero en la mayor parte de Europa se ha prestado muy poca atencion á esto, aun cuando hay muchos materiales para la discusion acerca de este asunto esparramados en los volúmenes de los periódicos científicos franceses y alemanes.

Debe notarse que Sanssure no menciona nunca la existencia de semejantes cuevas. Es indudable que ignoraba que las habia, porque se dedicó mucho tiempo á una investigacion acerca de los hechos y de la teoría de las cuevas frias, es decir, de las cuevas como la de Hergiswyl, cerca de Lucerna, la del monte Testaccio, cerca de Roma, la de Lugano y las de otros muchos puntos de Europa, donde una corriente de aire se encuentra que sale con mas ó menos fuerza de las grietas en las paredes de la cueva, segun el dia es mas ó menos ardiente. En la relacion detallada que hace de sus observaciones y de su opinion acerca de esto, no alude de ningun modo á la presencia del hielo en las cuevas.

En la seccion geológica de la asociacion británica de Bath, se ha leido hace poco una memoria curiosa. Parece que hay un número considerable de cuevas de hielo en puntos que pueden visitar los viajeros en Suiza; los fenómenos que presentan estas cuevas son dignos de exámen y de investigacion especial. En la línea del Jura, entre Cergues (mas allá de Nyon) y el Mon-Tendre hay cuatro, tres de las cuales por lo menos son sumamente curiosas. Todas ellas están dentro de los límites de un paseo moderado y pueden visitarse sin aventurarse demasiado. Se encuentran en elevaciones que varían de 4,000 á 4,600 ó 4,700 pies sobre el nivel del mar, es decir, en regiones donde la temperatura media de la superficie viene á estar desde la mas alta hasta la mas baja de las cuevas, entre 37º y 40º de Fahrenheit, siendo así que las profundidades de las cuevas son bastante considerables para elevar esta temperatura por lo menos 1º de Fahrenheit en la vecindad inmediata de la roca sobre la que yace el hielo. La cantidad de éste hallada en alguna de estas rocas es en efecto muy considerable. En una cuya elevacion escede muy poco de 4,000 pies, el hielo cubre las paredes de la cueva con una capa de un pie ó pie y medio de grueso, estendiéndose en una longitud de 70 pies á una altura de 22 en algunas partes, y en el suelo de la misma cueva, á 60 pies bajo la superficie hay un mar de hielo de 45 pies de largo por 15 de ancho, y cuya profundidad es desconocida. Cuando Pictet visitó la cueva, el suelo de hielo no ocupaba mas que 30 pies de la superficie y era mucho mas grueso que al presente, y en los tres años últimos ha llegado á disminuir de modo que no ocupa mas que algunos pies. Esto se debe en parte á que el bosque cerca de la boca de la cueva se ha destruido imprudentemente y en parte tambien á la cantidad de hielo que se ha sacado cada año para abastecer á Lausana y á Ginebra cuando han faltado los almacenes de hielo artificial. Esta cueva, que se diferencia de las demás, escepto de la llamada «Cueva del hielo» del Pico de Tenerife, tiene la entrada por arriba y así presenta cierto peligro. Hay todavía otras varias cuevas que tienen grandes cantidades de hielo, pero en muchas de ellas es imposible determinar con exactitud el grueso de éste, porque no se puede llegar y á veces ni aun descubrir con la vista el punto en donde cesa.

En cuevas de otros puntos de Francia y de Suiza se ven fenómenos semejantes; en algunas de ellas el hielo forma adornos variados y hermosos, graciosas columnas que sostienen arcos góticos que brillan por todas partes cuando se introduce bastante luz en la cueva. Muchas tienen columnas muy anchas y gruesas, la mayor parte de ellas huecas por su base y con gran profusion de estalácticas y estalagmitas.

La temperatura de estas cuevas es de 32º á 34º en los meses de julio y agosto. Hay sin embargo la creencia errónea de que el hielo se forma en el verano y se derrite en el invierno, pero para refutar esto basta decir que Mr. Thury, profesor de la Academia de Ginebra, visitó dos de estas cuevas en medio del invierno y las halló en un estado de completa congelacion en todas sus partes.

Se han presentado varias teorías para esplicar la existencia anómala de estas cuevas. Mr. Billerez de Bezanzon sostuvo á principios del siglo pasado, que la sal de nitro que dominaba en las rocas por las que filtraba el agua de la superficie, representaba el mismo papel que la sal en la formacion del hielo artificial; pero como la sal no se mezcla con el fluido que ha de helarse, esta teoría parece destruida. Tal vez la gruta del hielo de Besanzon, que es la única que conocia Mr. Billerez, tenga alguna causa local para la formacion del hielo, pero en todo caso será una escepcion. Es digno de notarse tambien que esta cueva estuvo enteramente libre de hielo, cuando el duque de Levis, que mandaba el ejército del Saona, ordenó que se sacara todo el hielo para uso de sus oficiales. Esto sucedió en 1727 y sin embargo en 1743, cuando la examinó cuidadosamente Mr. de Consigny, se habian formado ya grandes masas de hielo. Al presente, además de un pavimento de hielo de mucha estension y de tres ó cuatro pies de grueso, hay entre otras columnas tres muy grandes y complicadas, una de las cuales tenia veinte y siete pies de alto y setenta y seis de circunferencia en el mes de julio del año último.

Sanssure cree que la causa de formarse el hielo en estas cuevas, es la diferencia que existe entre el aire contenido en las grietas de sus paredes, el aire esterno y el del interior de la cueva misma. Mr. Pictet, cuya opinion en física es tan digna de respeto, aplicó tambien en parte este principio para resolver el problema, pero con notable falta de éxito. Creia que las corrientes constantes formadas de este modo, son suficientes para aumentar la rapidez de la evaporacion en un grado tan alto, que daba por resultado el hielo, pero hay que tener en cuenta que muchas de las masas de hielo observadas en las cuevas, son demasiado grandes para deber su existencia á una causa tan poco poderosa como la evaporacion moderada que hay en ellas. Además, entre doce á trece cuevas visitadas recientemente, solo dos han presentado alguna perturbacion perceptible en su condicion atmosférica.

La esplicacion mas natural es el principio de la pesadez del aire frio. En el invierno el aire frio desciende por la entrada y llena la cueva convirtiendo cualquiera cantidad de agua que haya en ella en masas sólidas de hielo. Esta esplicacion parece suficiente en la mayor parte de los casos, pero no lo es en cuanto á la caverna de Sir R. Murchison en Oremburgo, donde el hielo se forma en una pequeña elevacion de tierra gredosa; esta caverna tiene una puerta en la calle del pueblo que da al recinto que contiene el hielo. Sir R. Murchison y sus compañeros, sintieron la transicion súbita del gran calor de la atmósfera esterna, al frio penetrante de la cueva, y el aire glacial de dentro aceleró sus movimientos. Sir R. Murchison cree, que esta corriente fue producida solo por haber abierto la puerta y por la consiguiente perturbacion violenta del equilibrio del aire y de ningun modo por la corriente constante de las grietas. El terreno en que se presenta esta elevacion gredosa, es una masa de sal mineral y no era natural imaginar, que el aire, pasando sobre las superficies de sal en el interior de aquella elevacion, estuviese sujeto á evaporarse de un modo tan rápido, que resultara de ello el estraño fenómeno presentado. La creencia general en el pueblo, es que la cueva está tan templada en el invierno, que se podria dormir en ella sin necesidad de abrigo. Parece que los que visitaron la cueva, dejaron algunas instrucciones á las autoridades del distrito, respecto al modo de hacer la investigacion; pero el secretario de la Academia imperial de San Petersburgo, manifestó hace poco, que no se habian llevado á efecto estas instrucciones.

Hay aun otro problema relativo con la formacion de hielo de estas cuevas, por lo menos en las de Francia y Suiza. El hielo tiene completamente la forma de un prisma y algunas veces estos prismas pueden ser cortados con un cuchillo y desprendidos uno de otro con la mayor facilidad. Solo Mr. Thury se ha ocupado de esto una vez. Este carácter estraño de la formacion del hielo parece que ha pasado desapercibido para las pocas personas que han visitado estas cuevas. En la descripcion que á principios del siglo pasado, hizo Olafsen de la caverna de lava de Surtshellir, en Islandia, hay algo perecido á esto. Olafsen descubrió que en la superficie del hielo que estaba en el paso subterráneo de la lava, se hallaban impresos polígonos, lo que atribuyó á la frialdad y pesadez del aire. En un volúmen de los Anales de Poggendorff, hay la relacion de un fenómeno semejante observado en Jena, durante la desaparicion gradual de grandes masas de hielo, que el rio salido de su cauce, habia echado sobre los llanos y allí quedaron espuestas á la intemperie. El hielo parecia haber tomado poco á poco un carácter algo semejante al que predomina en los ventisqueros, y el autor de la relacion lo atribuye al deshielo lento y prolongado. El termómetro, sin embargo, durante todo este tiempo estaba mas bajo que el punto en que marca hielo, en general mucho mas bajo, y las masas de hielo estuvieron espuestas á esta temperatura por espacio de tres semanas. El profesor Tyndall observó en los invierno

de 1849, 1850 y 1851, que grandes masas de hielo que estaban deshaciéndose en las orillas de un rio de Alemania, habian tomado esta forma prismática particular, y Mr. Hassenfratz en Viena, ha dado cuenta de una observacion semejante en un volúmen del *Diario de Física*, aunque sin embargo no parece que atribuya este fenómeno solo á la estacion del deshielo. Por otra parte, el profesor Faraday ha hallado que el hielo toma un carácter cristalino especial, cuando se halla espuesto á una temperatura algunos grados mas baja que el punto en que el termómetro marca el hielo. Mr. Thury refiere un hecho digno de atencion, en la relacion de la visita que hizo en invierno á una de tres cuevas de hielo que conocia por haber estado en ellas á saber: que el hielo formado hacia poco, era de la misma estructura, segun todas las apariencias que el hielo ordinario de los rios, de modo que si tenia lugar algun cambio molecular despues de su formacion, se debia á la intensa sequía causada por semanas y meses de estar espuesto á un frio estremado antes de que el calor del verano hubiera modificado la temperatura de las cuevas, ó era el resultado del lento pero prolongado deshielo que hay en los meses mas ardientes.

El estudio de estos fenómenos es muy interesante y desde luego merece llamar la atencion de los viajeros curiosos, que en la estacion presente van á recorrer los puntos mas notables de Europa; si hay alguno que vaya á visitar estas cuevas con el objeto de estudiar sus maravillas, tendrá el doble placer de haber gozado, examinando estos fenómenos y la satisfaccion de haber prestado un servicio á la ciencia.

A.

UN VIAJE AL AMPURDAN.

RECUERDOS Y EPISODIOS.

(CONCLUSION.)

IV.

Lo mas notable que hoy se conserva de las ruinas de la antigua Ampurias es un mosáico debidamente cubierto y custodiado, gracias al celo de su propietario, señor Maranges, que en diversas épocas ha recogido y regalado á los aficionados numerosas curiosidades, como camafeos, lucernas, lacrimatorios, etc. ¡Lástima que *con lo mucho que ha sido hallado entre las ruinas* no se haya podido formar un *museo local*, no en Gerona, que le debe tener en otro concepto, sino en Figueras, á donde podrian llevarse otros restos y hasta fragmentos históricos de ciertos pueblos de su distrito, que es probable desaparezcan con el tiempo!

Cercano á Ampurias está el pueblo de la Escala, cuyos moradores se dedican todos á la pesca del coral, y cuya situacion es tan pintoresca, con grupos de peñascos entre las casas y junto las olas del mar, que parece una linda aldea de pescadores napolitanos.

Deseaba sin embargo, ver la poblacion de Rosas y la bahía famosa, pudiendo verificarlo en la tarde del mismo dia, con la doble satisfaccion de que salieran á recibirme antiguos y queridos amigos de la infancia. Despues de los primeros momentos dedicados á la espansion de la mas pura amistad, me enteraron á porfía de las necesidades de aquella comarca, considerando que toda su desventura depende del abandono de aquella inmensa bahía. Aseguraban todos que al pasar por allí Napoleon III habia esclamado, al ver las ventajas de la bahía y que la España no tiene en ella un establecimiento naval de primer órden: *¡Si tuviese esta bahía seria dueño del Mediterráneo!* Podrán atribuirse al emperador ó á otro estas palabras, pero el espíritu del país acerca de la bahía de Rosas, lo darán á conocer las siguientes lamentaciones de un marinero anciano.

V.

En efecto, vino á verme un anciano marinero cuya embarcacion arribara dos dias antes.

—«He oido, me dijo, que buscais tradiciones para escribir la *Historia de Ampurdan*. No sé si lo que yo pueda contaros os servirá. Lo que sí os aseguro es que fue cierto. Fue un hecho real y positivo, y yo, en cierto modo, uno de los personajes. La historia tiene setenta años de fecha, casi tantos años como yo.»

—¿Os escontrásteis, repuse, en algun combate naval?

—Nada de esto. Lo que voy á contaros no es cosa alguna de guerra..., digo mal, de guerra fue, pero guerra de amores.

—¡Por Dios, que me interesa! Supongo que vais á referirme alguna travesura de vuestra juventud, y debo advertiros que mi libro, será un libro sério. Podrá entrar en él, *cuando mas, alguna descripcion poética*, alguna leyenda caballeresca, alguna tradicion popular que dé á conocer las creencias ó las supersticiones de la edad media, pero amores de un marinero.... jamás.

—Haced lo que gusteis, futuro historiador, contestó algun tanto agraviado, pero mi historia, ni la saben todos, ni la hallareis escrita en parte alguna.

—Pues decidla. Estoy atento.

—Mi madre era la muchacha mas linda de Rosas. ¿Qué hombre de mi edad no recuerda aun con enamorado entusiasmo la belleza de Rosalía T?... Sus pies pequeños como los de un niño, daban envidia por su blancura á la misma espuma que forman las olas del mar. Su negra cabellera parecia la de la diosa Vénus al cruzar las aguas sobre ligera concha; sus ojos grandes y de mirada abrasadora, sus labios de coral.... ¡ay! que mi comparacion se quedaria muy atrás de la realidad, y ya sin querer he hablado de lo que fue causa de la desgracia de mi madre..., la pesca del coral.

—¿Qué decís? repuse con algun interés.

—Sí, la pesca del coral. Escuchad.... Ya sabeis que la Escala es un pueblo de pescadores de coral, como los hay tambien en Rosas; pero en la época de que os hablo, á fines del siglo pasado, semejante industria estaba decaida.... Los gobiernos tienen otras muchas cosas en qué pensar de mas interés general que la industria de un pueblo, por mas que de toda ella viva el pueblo, y no conceden fomento ni proteccion á no ser que de continuo clamen por medio de alguna persona generosa, activa é influyente. No hay hombre, sin hombre.... El que no llora, no mama....

—Es indudable.

—Pobre importuno, saca mendrugo, repuso el pescador, queriendo dar á enteder que no se hallaba falto de refranes para aplicarlos oportunamente. Pero como os decia, la Escala, es un pueblo de pescadores de coral, y uno de ellos vió una vez á Rosalía, y se enamoró perdidamente. ¿Quereis saber el nombre de aquel pescador?

—Francamente, para mi historia maldita la cosa que importa saberlo ó no, pero podeis decírmelo.

—Pablo. Este era el nombre de.... mi padre. La primera declaracion amorosa la recibió mi madre sobre la blanda arena de esta abandonada bahía. Ah, cuando al recordar los amores de mi madre me acuerdo de la bahía de Rosas, me pongo triste, y digo entre mí: ¡qué lástima de bahía, tan inmensa, tan hermosa, tan codiciada de los estranjeros, y sin embargo, tan abandonada! Se conoce que los que mandan no son ampurdaneses. ¡Oh! si hubiese un solo catalan en el gobierno, solo con que en algun país de Europa hubiese un rey catalan, ¿creeis que la bahía de Rosas permaneceria por mas tiempo solitaria? Tendríamos movimiento, vida, fabricacion. La fabricacion es la alegría, la pesca es la tristeza. ¿Cuántos pescadores no dejan de volver á sus casas víctimas de las olas? En cambio, pasad por junto de una fábrica, ¿*qué ois? Ruido, algazara, canciones. Morirán de* cansancio, pero siempre alegres, aguardando el domingo para divertirse. El pescador aun ni siquiera tiene la ventaja del cisne, que sabe morir cantando.

—Poético y triste estais á la vez, repuse yo, procurando adivinar el alma que se ocultaba detrás de aquellas tostadas facciones.

—La primera declaracion, repito, la oyó mi hermosa madre sobre la fresca arena. Ved lo que pasó con mi madre. Mil veces me lo habia contado. Un dia, cuando iba á ponerse ya el sol, se hallaba cogiendo conchitas con otras muchachas de Rosas, ya entrando en la orilla del mar, ya saliendo. Pablo vino corriendo y procuró dispersarlas diciéndoles: ¡que os voy á coger! Todas corrieron hácia el pueblo, riendo, llena la falda de mariscos y piedrecitas de colores. Solo Pablo detuvo á Rosalía y la dijo: detente, no tengas miedo, no te voy á hacer ningun daño. Oye dos palabras. ¿Te enfadarás si te digo una cosa?—No me enfado, dila, contestó inocentemente Rosalía.—Que te quiero, y seria muy feliz si tú tambien me quisieses.—¿Me quieres?—Bueno, contestó en voz baja y tímidamente Rosalía, apartando los ojos de los de su amante. Desde aquel dia *se juraron los dos un amor sin límites, como el* cielo; eterno, como el movimiento de las olas.

—¿Se casaron?

—Oid, continuó el anciano. Cuando sus padres conocieron este amor, se opusieron vivamente. Ella era pobre, él era rico, y si bien el amor lo nivela todo, mi abuelo era hombre á la antigua que no obraba segun las ocasiones, sino que queria disponer él las ocasiones y para cuando fuese mi padre piloto, le tenia ya preparada allá en la Habana una mujer, una rica criolla. Solo á fuerza de súplicas obtuvo al fin mi padre su permiso, pero no queriendo admitir nada de lo suyo, para probarle que trabajando llegaria á adquirir una fortuna, y no contando esta bahía con ninguna industria, se hizo buzo, se casó con mi madre, comenzó á ganar dinero, pero un dia, al hundirse con la pesada máquina de buzear en lo profundo de las aguas, no volvió á salir, digo mal, le sacaron ahogado sus compañeros de industria. Y así mueren muchos hombres en estas pícaras costas. Mi madre, al saber la desgraciada muerte de su marido, se arrojó al mar desde aquella roca. ¿Hubieran sucedido estas desgracias y otras muchas si los hombres tuviesen á qué destinarse en esta *hermosa bahía, ya construyendo embarcaciones*, ya fabricando jarcias y velámen, ya aportando víveres y comestibles para sostener las escuadras españolas que siempre debian estar surtas en sus tranquilas aguas?

VI.

Deseché, como puede suponer el lector, la leyenda ó historia que el buen viejo queria obligarme á recoger para mi libro en proyecto, pero no olvidé las quejas proferidas respecto del abandono de la bahía de Rosas, proponiéndome enterarme al regresar á la *córte* de si habia tal abandono y qué causas probablemente poderosas, le motivaron, como tambien de otros asuntos interesantes para el Ampurdan; pues el bienestar, la riqueza, la felicidad de la provincia, constituyen la felicidad, la riqueza y el bienestar de la nacion entera.

FLORENCIO JANER.

LOS CAMPOS ELISEOS.

(COSTUMBRES.)

¡Qué animacion, qué ruido, qué algazara! ¡Esta Puerta del Sol es un infierno! ¡La gente bulle, cunde, chilla, corre, charla y desparece, al par que esos omnibus que esperan, esos simones que cruzan, esas berlinas que pasan! aquí todo es contento y alegría.

—¿Y dónde van?

—A los Campos Elíseos.

—¿Y qué es eso?

—¡Cómo! ¡Usted no conoce los Campos! ¡ah! son bellísimos y *puesto que la ocasion se nos presenta* favorable, vámonos allá.

—¡Hombre!

—¡Ca! ¿Tiene usted vergüenza? aquí no hace falta para nada; ¿es usted escéntrico? sélo usted para medrar que es lo que importa; ¿lo dice por el traje?...

—Pero, amigo, ¿cómo quiere usted que vaya á los Campos de levita y guante blanco como estoy?

—¿Por Dios, qué dice usted? verdad que aquí no hay campo ninguno, pero á los que hay, van... ya verá usted...

—Pero...

—Señor don Bruno, mas vale que me mande cuando se vaya los peros que me tiene ofrecidos de su tierra, que no los que ahora me enjareta. Vamos, pues, y no se pare en pelillos, que ese omnibus nos espera con la boca abierta, como quien dice, y deseoso de trasladarnos á aquel espléndido paraje.

Estas reflexiones iba haciéndole una de las pasadas tardes á mi amigo don Bruno, hombre sencillo si los hay, y honrado si se encuentran, cuando hé aquí lector benévolo, que enterado de mis últimas palabras el zagal de uno de los omnibus parados al efecto, nos endilgó *su consabida tarabilla*.

—¡Vamos, caballeros! ¡vamos á los Campos! .. ¡dos asientos me faltan! ¡á real á real!

—Allá vamos nosotros, díjele interrumpiendo su monólogo.

—Pues, ¡arriba! ¡arriba! ¡quién se viene á los Campos!... ¡quién se viene!... ¡á real á real!

—¡Quiére usted callar esa boca, alma de cántaro, ó es que á pesar de vernos y de oirnos tiene comezon por hablar como un sacamuelas descarado!...

—¡Ea, pues andando!

Preguntele por los asientos y el zagal, sin dejar su charla maldecida, nos señaló á las nubes sin mirarnos y continuó para el público.

—¡Un asiento me falta caballeros! ¡quién se viene á los Campos! ¡á real, á real!

En esto y mientras mi amigo y yo nos encaramamos al *tercer piso* del omnibus, que *bohardilla* parecia por lo *alto*, *azotea* por lo ventilado y *rompe-cabezas* por lo espuesto, las continuadas voces del zagal atrajeron á guisa de reclamo una mamá y una niña con mas almidon en las mejillas que en el traje y mas cara de *cursis* que de honradas.

—Mayoral, *dijo la mamá*.

—¡Arriba, señora, arriba!

—¿Sí... pero y mi niña?

—Hay para las dos.

Poco despues y empaquetadas ambas como fardos en el interior del omnibus, cesó la plática del zagal, crugió el látigo, arrancaron los caballos y mi amigo y yo, contemplando á vista de pájaro la córte, descendimos rápidamente por la calle de Alcalá. Nuestra posicion no podia ser mas elevada: mas por ella y por los empellones que me daban mis vecinos, temerosos sin duda de caerse, pude comprender, que las altas posiciones no son las mas envidiables: primero porque puede uno romperse la crisma sin quererlo; y segundo porque cuantos nos rodean, ayudan con la mejor buena fe del mundo á que uno se la rompa.

Agradecí á mi amigo que me llamara la atencion, porque me iba poniendo grave y la gravedad es una tontería como otra cualquiera de las muchas de que adolece la criatura.

—¿Qué hay? le dije volviendo de mi abstraccion, que ya es manía el abstraerse cuando uno viaja acompañado.

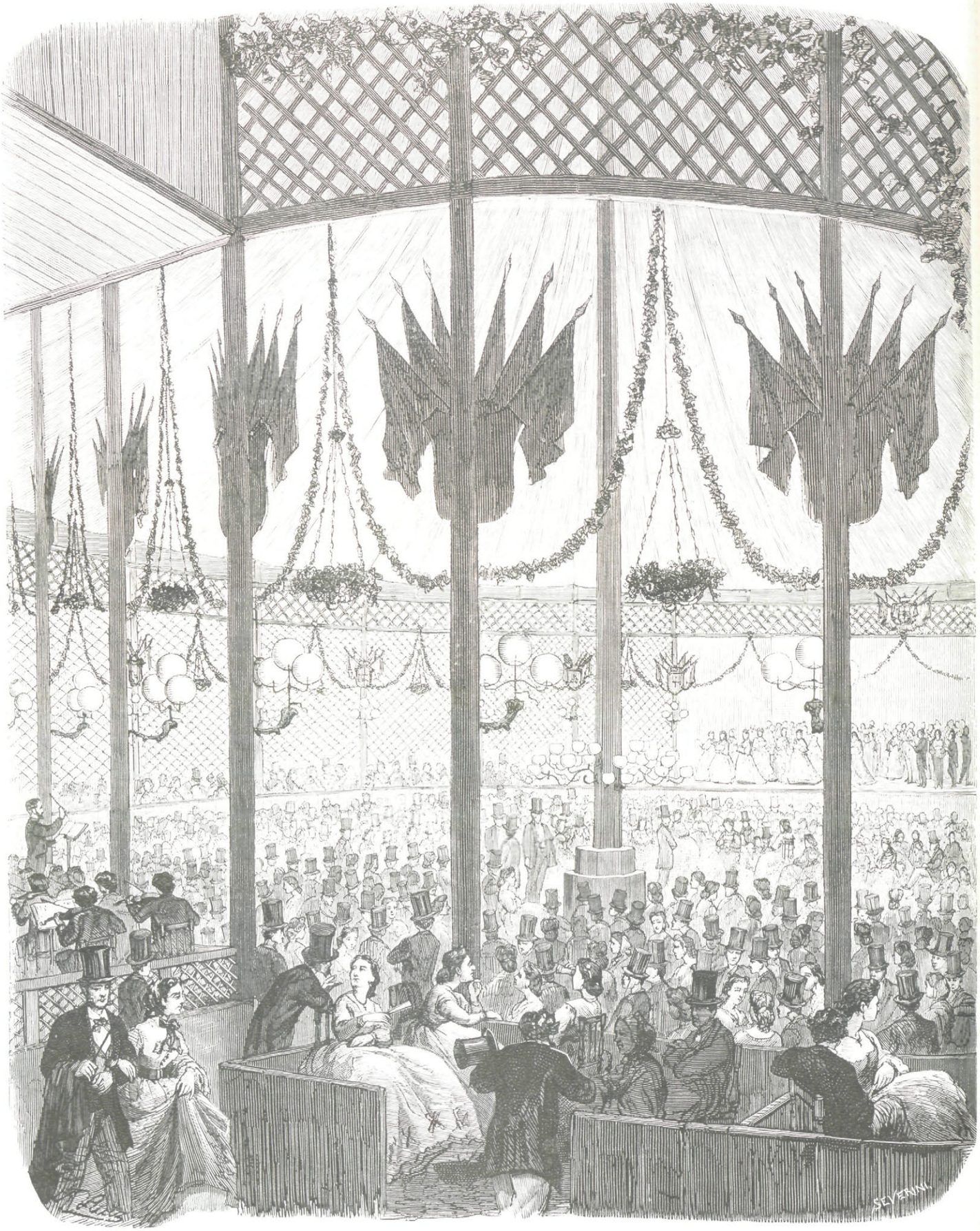
—El omnibus se para.

—En ese caso bajémonos despacio, no sea que tengan nuestras narices el mal gusto de besar el santo suelo... Porque ya sabe usted,

que quien mas alto se sube,
mas grande porrazo dá.

—¿Pero, hemos llegado á los Campos?

—Claró está ¿no lo conoce usted por esos banderi-



UN CONCIERTO EN LOS CAMPOS ELÍSEOS.

nes, esas cadenas de flores y esos gallardetes que adornan el frontispicio, camarada?

—¡Ya! esclamó el forastero despues de una breve ó larga pausa, que no todas las pausas por escrito han de ser breves, ¡ya!... es decir que estos son unos campos como esos de que hablan ustedes los poetas cuando dicen: «aquello era un campo de esmeraldas,» «la tierra era un campo de de cadáveres,» «el campo...» de modo que éstos aunque se llaman campos, no es que son campos sino que lo parecen ó se consideran como tales.

—No señor, ahora verá usted.

Tomé acto seguido los billetes y mi amigo y yo nos encontramos en plenos Campos Elíseos, ó lo que es lo mismo, entre la naturaleza y la gloria, que es cuanto se puede apetecer. Me parece que ustedes no pedirian mas.

—Ya ve usted, le dije, cómo estos son unos Campos deliciosos; hay ría, teatro, tiro de pistola, montaña

MARINA ESPAÑOLA.—LA CORBETA «FERROLANA.»

rusa, casa de baños, salon de conciertos,—le gustará á usted el salon de conciertos,—plaza de toros, un restaurant *con pabellones* y sobre todo *cafe*, ¡pero qué *café* y qué mozos, y qué sorbetes de mantecado! ¡manteca pura amigo mio!... ¿Y no crea usted que se la van á dar fresca para que pille una indigestion, ni barata para que usted la crea mala, sino del año pasado ó del anterior... y el precio como en todas partes... Por lo demás, aquí verá usted un ciclorama de vistas tomadas... al oido... un *tio vivo*, que casi nada le sobra para estarlo y una *caja misteriosa*, que por parecerse á algunos oradores nos lanza mil palabras á pesar de hallarse *vacía*.

—¿Y cómo pasó eso?

—Ahí verá usted... esto sin contar los fuegos artificiales, y los coros, y...

—¿Y los campos?

—Lo que es eso... pero apartémonos un poco porque vamos á pisarle la cola á esa criatura, ¡qué manía por imitar al *Banco*, señor, mire usted que es mucho!... muy lindo, muy lindo.

—¿Quién, yo?...

—¡Hombre no!

—¡El Banco!

—¡Menos! no ve usted que me dirijo á ese pimpollo que entra con nosotros en el omnibus.... ¡mírele usted! ese que va detrás es el galan.

—Le estorbaba sin duda el cuello de la camisa y se lo ha dejado en casa.

—¡Qué disparate! lo trae puesto y muy puesto, sino que parece que no lo trae porque la última moda no es traerlo, sino llevarlo debajo del chaleco.... por lo demás ¿qué tiene usted que pedir á ese cuerpo? Verdad que el sombrero no va ni fuera ni dentro... sino en vilo.... que el pantalon se confunde con los calzoncillos por lo estrecho.... que el tacon de las botas es una especie de puente levadizo.... que la levita lleva unas solapas que parecen.... dos.... ¡pero qué importa!... eso no querrá decir otra cosa sino que antes se pillaba al buey por el asta y al hombre por la palabra, y hoy se coge al buey como siempre y al hombre por la solapa.... Y si usted observa bien ya verá como todo tiene su objeto.... Un sombrero colado hasta las cejas solo deja de hacer tonto al que lo es.... puesto de ese modo es diferente.... los frenólogos han inventado sin duda ese sistema.... En cuanto á *las solapas*, ya no se llaman solapas sino *vistas*, que unidas á la que uno tiene, acredita: quello de que mas ven cuatro ojos que dos, ó prueba cuando menos que el hombre aspira á convertirse en panorama.... Pero entremos en la ria. Allí viene el vapor.

—¿Cuál?

—Cuál ha de ser sino el *Príncipe Alfonso*, que es el vapor mas útil de cuantos se conocen?... Asegúrede á usted que ni el *vapor* del agua, ni los buñuelos al vapor, ni el vapor de la fábrica de telas, ni.... es mucho vapor.

—Pero *por* donde *va* que no le veo?

—¡Ahí *viene*.... usted á primera vista no notará los mástiles, ni los foques, ni las cámaras, pero en esto sucede lo mismo que con las *vistas* de las levitas, que cualquiera las tomaria por solapas, y cuando se miran despacio no lo son.

—¿Es decir?...

—Que no todo puede hacerse de una vez.... El vapor que usted mira, no es vapor ni tampoco deja de serlo... es un portento.... pero usted verá cómo á pesar de no serlo y de ser la ria poco profunda, hay gente que se ahogue en poca agua.

—¡Pero de cualquier modo nos embarcaremos para ver!... al fin y al cabo ya está pagado.

—¿Qué? ¿ha tomado usted los billetes? no consiento.

—Pues ¿y la entrada para qué es?

—Toma, para entrar.... Los campos producen en provincias, pero aquí sucede lo contrario.... El campo no es lo que renta, sino precisamente aquello que no ha sido ni lo es.

—¡Ya!... luego....

—Luego no: ahora es cuando nos vamos á embarcar, porque el *luego* es tan largo aquí como un dia sin pan para un cesante.... Venga usted.

Dicho esto me aproximé al despacho, tomé los billetes, corrimos al embarcadero, saltamos al vapor que *va-por* donde puede, y nos dimos una vuelta.

—¿Se ha concluido?

—Claro es.

—¿Dice usted que es caro?

—No señor: que esto no es mar ni lago, ni laguna, y por consiguiente, como novedad no se parece á nada. La montaña nos espera.

—Desearia que antes me dijese á qué pertenece ese castillo.

REGALO HECHO AL CURA DE SAN PABLO DE BARCELONA POR SUS FELIGRESES.

—Es una escuela donde se aprende á matar al prójimo. El tiro de pistola.

Seguimos por el paseo, y la gente comenzó á afluir á los jardines.... ¡qué de mamás, de niñas, de jóvenes, de pollos, de cotorrones y solteros!

—Hombre, hombre—me dijo mi amigo deteniéndose;—¡qué descotadas van!

—Es que lo parece.... la pintura produce en ellas iguales efectos que un fisú, y si usted lo dice por el frio, no tenga cuidado. Ahora bien, si á otra cosa se refiere, compárelas con esas estátuas de yeso que adornan el *parterre*, y verá cual está mas.

—¿Y aquello que es?

Mi amigo me señalaba el teatro de Rossini, llamado así para que sea mas español.

Subimos por fin á la montaña, nos precipitamos, y nunca como entonces (la cosa es triste) hallé mas semejanza con la muerte.

De aquí el siguiente paralelo:

¿En qué se parece la montaña á la muerte?

En que nos lleva á la fuerza.

¿Y á la vida?

En lo poco que dura.

Y...

Si algo de bueno tiene lo que he dicho, es que se le ocurre á cualquiera; por consiguiente, no crean ustedes que voy á echarles un párrafo de filosofía social, ni tan siquiera á ponerme reflexivo.

—No creas, le dije á mi amigo bajando de la montaña, que esto ni cuanto hemos visto es el mayor atractivo de los campos... ¡El *quid* estriba en el salon! ¡mírale! ¡si yo fuese un romántico del año treinta y cinco te diria: ¡mírale! esas entradas ojivales; esos arcos fantásticos (de madera) que casi se pierden en las nubes (de los cigarros); ese inmenso círculo resguardado del viento y de la lluvia por una techumbre vaporosa (de lienzo); esa techumbre vaporosa, que ya sabes de lo que es, sostenida en el espacio; esos lazos de flores (contrahechas); esos escudos magníficos de armas (sin ellas); esos torrentes de armonía, etc., cosas son que trasportan el espíritu á los remotos tiempos de la antigüedad... ¡Qué bien acaba este período! Eso de la antigüedad es de tan buen efecto como aquella otra manía de algunos escritores, que para esto de manías se pintan solos, los cuales creen de muy buen gusto dormirse ó hacer como que se duermen al empezar un artículo; escribir diciendo que no saben de qué, y concluir luego con los consabidos golpes, y—¿quién es?—El editor.—¿Cómo?—Sí.—¿Y qué?—¡El artículo!...—¡Ah! *Conclusion*. Para salir del trance, lector, le he dado lo poco que has leido y... y se han vuelto á dormir. ¡Vaya una broma!... Pues como le decia á usted, me disgustaria sobremanera que la sola vista de esos salones me trasportara á los tiempos de la antigüedad.—¿Y para qué?—Para haberme muerto hace cien años?—¿Para no ver ahora esas mamás almibaradas, esas niñas aristócratas, esas pollas peripuestas, esos pollos zanquilargos y ese aluvion de rostros seductores?—Bueno estaria ello... Y la verdad es que tampoco los antiguos con parecernos mejor que los presentes, por aquello de que lo pasado ó lo futuro es siempre lo mejor, hubiesen disfrutado en su vida de este espectáculo soberbio... Pero entremos en el salon... ¿Ve usted?

—Sí, veo millares de ojos que nos miran, de abanicos que oscilan, de joyas que deslumbran, de bocas que sonrien, de muchachas que aman, de *calvas* que relucen... de...

—Basta, con eso de las calvas me ha dado usted un rato amargo. Pongámonos aquí y silencio... que va á empezar el canto...

Interin mi amigo deleitaba su oido con los dulces acordes de la música, que en verdad sea dicho, es inmejorable, púseme á contemplar detenidamente el salon en que me hallaba. Aquel inmenso círculo cerrado, por un enrejado finísimo de alambre con su aérea, fresca y piramidal techumbre, sostenida en el centro por una elevadísima asta de madera, y rodeada á su vez de palcos y columnas sobre cuyos *capiteles* descansan los heráldicos escudos de todas las provincias españolas, estaba verdaderamente poético y deslumbrador. Su espléndida y magnífica luminaria irradiaba sobre todos los semblantes de una manera portentosa, al propio tiempo que se deslizaban por sus calados lienzos y descubiertas entradas los melancólicos rayos de la luna, los ecos de la brisa y los ignotos y suavísimos perfumes de una naturaleza naciente y amorosa. Ojos negros ó azules, garzos ó pardos, melancólicos ó ardientes; bocas lascivas ó severas; nítidas gargantas, blondas cabelleras, joyas quilatadas, de otras joyas mejores, resplandecian, brillaban, seducian y embargaban el alma y los sentidos, bajo aquella atmósfera de luz y de armonía en la que descansaban ó latian mil juveniles corazones. Allí se reunian el lujo y la modestia, la ambicion y la gloria, el amor y el negocio, y sin embargo, allí callaba la voz de los sentidos sofocada por la voz del espíritu, que era la del arte, ese arte, emanacion purísima del cielo, deleite de las almas, consuelo de los tristes y que ha sido dignamente interpretada en la tierra por los Bhettowen, Webert y Mozart.

Pero cesó la música y los hombres pareciéronme niños y los niños hombres, y las mujeres, á quien antes habia admirado como diosas, hadas, vírgenes, ninfas y creaciones vagorosas.... mujeres otra vez.

Y tras de aquel júbilo aparente habia lágrimas; tras de aquellas sonrisas hiel; tras de aquellas joyas, pobreza, y en toda aquella concurrencia alborozada y alegre al parecer, lo que hay siempre entre nosotros—dolor.—Y sin embargo, todos gesticulaban, reian, charlaban, zaherian, buscaban y... no sé que mas.

En la ebullicion constante de aquella humanidad alegre y multiforme, oíanse mil palabras aisladas, vacías, necias, estrañas, inconexas, propias de una sociedad que ni medita ni sufre, ni piensa, ni espera, ni sueña, ni aspira.

—Fulanito—decia una—¿ha visto usted? Gaztambide ha estado admirable.—¡Oh, sí, el maestro nos complace generala!—¿Cómo se llama la última pieza que ha tocado?—Se llama... el caso es que lo tengo en la punta de la lengua y...—pero es muy linda.—Ah! si *aquello* con que empezaba y luego *lo otro* imitando una *cosa así, liran, liran, liran*... y *el golpe* de—en efecto, todo eso es bellísimo.—Amigo, ¿qué le parece á usted el cambio de política?—Marquesa, ese hombre lleva la batutta con maestría.—Bien.—¿Cómo bien, caballero?...—Perdone usted, hablo con el señor.—Emilia, no hay quien le eche á usted el ojo encima en toda la noche.—¿Y á usted, perdido?—Es usted *fachxionable*.—Gracias, pollo.—Manolito, hace usted el obsequio de acompañarnos á tomar un vaso de agua?—Señora, ¿quiere usted callar? yo haré...—Que chico tan fino; ya verás como nos trae azucarillos y merengues de fresa.—Oh, don Benito, ¿usted por aquí?... quiero dolerme de los estravíos de la humanidad; ¡impíos! ¡venir á los Campos y no ser hermanos de la cofradía!—¡Ah, niña, niña!—¿Qué mamá?—Allí entra la vizcondesa del Pito! Es muy bella.—Pues á mí no me parece gran cosa, ¿y á usted, vizconde?—Tampoco; no tiene el *sport* de las damas de París. ¡Ah! ¡París! ¿Ustedes no han estado en París?—Sí, es decir, no.—¿Cómo?—Iba mos á ir el año pasado, pero Lopez se puso algo *malillo* y tuvimos que quedarnos en el Escorial.—¡Oh, París, París!... Aquellos palacios... aquellos *chatellets*... aquellos... es criminal, generala, que ustedes no hayan estado todavía...—Ni usted tampoco.—Con efecto; pero eso no quita para que piense verlo á la primera ocasion.—Ya.

—¡La Luz! ¡la Luz!—¿Qué, se apaga el gas?—No sea usted tan material, señor periodista, hablo de la querida del ministro.—¿Es esa, mamá?—Esa.—¡Como me la habian ponderado tanto!—Y es hermosa.—Valgo yo mucho mas que ella; ¿no es verdad, marqués?—mañana en la *Bolsa*.—Iré.—Señor conde, mi marido nos escucha.—No importa, una palabra.—Señor Perez, ¿ha leido usted *La llave de oro*? Cuidado...

—¡Que va á empezar, que va á empezar! ¡chiiiisst!...

Tales fueron las palabras que al azar pude recoger desde mi asiento.

En esto la niña del omnibus, que comenzaba á ser mi pesadilla, saltó de una silla como movida por un resorte interin su mamá avanzaba rígida y despavorida como una furia hácia el galan de las vistas en el pecho.

—Caballero, dijo dando un grito horrible, es usted un infame, un insolente, digo aquí... en pleno salon de conciertos... á la faz de todo el mundo ó de la mia, que es igual... ¡Dios mio, me voy á volver loca!..

—Pero señora, dijo el galan todo azorado... ¿qué he hecho yo sino cumplir el encargo de mi principal?... Le pido á usted lo justo y nada mas..

—¡Jesus! ¡ay! ¡ay! á mí me va á dar algo...

—Señora, no, al contrario, repitió el galan... usted será en tal caso la que me dé los cinco duros que debe hace dos años en la tienda!...

—¡Tienda! calle usted y no diga esas cosas subersivas. ¡Desmayate, hija, desmáyate!..

—¡Pero mamá!...

Al ruido levantóse la gente; cayó la niña lo mas cerca posible de mis brazos, hicieron corro, vino la guardia, y prudentemente sacáronlas *á la fuerza* del salon.

Siguió el canto, y á éste el de los pájaros, lindísima pieza de música parecida á un escribano en lo que embarga... Por lo que pude colegir, allí cada cual se entiende á su manera... Las niñas se entendian con sus galanes, las mamás con los amigos, los músicos con sus papeles, y los únicos que no se entendian eran los coristas, que concluirán porque nadie los entienda.

—Todo esto va muy bien, díjome mi amigo, pero falta que veamos los Campos.

—¿Cuáles?

—Estos.

—Pues como no quiera usted que veamos los Campos de Vergara, ó los campos de Montiel, ó el Campo del Moro, ó la Casa de Campo, lo que es los *Campos Elíseos* ya están vistos.

—¡Cómo! ¿y los árboles?

—Ya saldrán.

—¿Y los *Elíseos*?

—Pregúntele usted por ellos á *la empresa*.

En esto los rápidos disparos de algunos coetes á la *congreve*, nos indicaron que los fuegos artificiales empezaban, por lo cual cesaron en el salon los *fuegos fatuos* y rompióse el fuego y cada cual con una silla al hombro, haciendo como que no llevaba nada, salió á admirarlos, invadiendo la plaza, el café y los *pabellones* del restaurant. Dígase lo que se quiera cuando el *fuego* empieza ó se rompe el fuego, y el calor aprieta y se tiene temor á los coetes y uno se cansa... los pabellones son un gran recurso... para descansar.

Pero descansemos nosotros, y descansen ustedes, que cansados estarán de oirme y convengamos en que los *Campos*, son un magnífico recurso para la sociedad elegante de Madrid.

FRANCISCO DE P. ENTRALA.

CALIZ

COSTEADO POR LOS FELIGRESES DE SAN PABLO DE BARCELONA.

Con motivo de haber cesado en la administracion de aquella parroquia su cura ecónomo don Juan Martí y Cantó, acaban sus feligreses de regalarle, en agradecimiento del ardiente celo que ha desplegado durante siete años de gestion, un bonito cáliz de estilo gótico, segun puede verse por el grabado de este número.

La copa, elegante y graciosa, recamada de festones ojivales, se levanta sobre un ástil exagonal sumamente ligero, que en lugar de botones ó collarinos llevan en sus fases alternadas, tres figuritas de Jesus, María y San Pablo, con peanas y doseletes, entre pinaculillos de crestería, imitando el severo gusto del año 1300. Este cuerpo descansa sobre el basamento ó pie, que forma como seis paletas del mismo gusto, terminando en una galería escalonada, y en el centro de cada paleta ó plano destácanse los emblemas de la fe en una cruz de diamantes, de la Esperanza en una áncora de esmeraldas, y de la Caridad en un corazon de rubíes, promediados de los nombres de Jesus, María y José, de esmalte azul, engastados sobre piezas de oro.

A escepcion del pie, que se nos antoja algo recargado, lo demás es de gran donosura, y honra al taller de los señores Carreras y Arañó hermanos, de donde este artefacto procede. Ha sido feliz idea adoptar para un objeto religioso el tipo que mejor se aviene con la idea cristiana, madre suya y que tantas maravillas ha producido. Si en todos los casos mediara igual discernimiento, ni veríamos en nuestras iglesias tantas deformidades, ni en el arte tantas aberraciones. Con doble razon, pues, merece elogiarse semejante produccion, y por ella damos el parabien no solo á sus constructores, sino á los costeadores, y al digno sacerdote que en el desempeño de su ministerio, ha podido hacerse acreedor á una demostracion tan señalada. Nos alegramos asimismo por el buen nombre del pais, viendo no faltan personas de gusto, y artífices que sepan secundar sus miras: con lo cual habria sobrado para que el arte brillara en España, como brilla en otras naciones, si por causas, que no es de este sitio señalar, no tuviese la fatalidad de ver esterilizarse los elementos de vitalidad en que abunda.

J. PUIGGARI.

MARINA ESPAÑOLA.

La corbeta *Ferrolana* cuyo grabado damos en este número, es uno de los mas hermosos y bien construidos buques de la armada española. Salió del astillero en el año 1847, y destinada á dar vuelta al mundo, verificó un viaje de circunvalacion con toda felicidad; sirviendo hoy de escuela de aprendices navales en el departamento de Cartagena.

Su marcha es de 11 á 13 millas por hora; mide 120 pies de eslora, por 18 de mangas y 11 de puntal. Monta 30 cañones, y su dotacion es de 350 tripulantes.

CRONICAS DE VERANO.

Madrid se divierte.—Un viaje alrededor de un duelo, anécdota.—Subasta del TEATRO REAL.—Pliego de condiciones.—Su crítica á son de bombo.—TEATRO DE VARIEDADES.—*Amor de madre*, por la Civili.—CAMPOS ELÍSEOS.—*Julieta y Romeo*.—*Norma*.

Que el calor sofoque, que la política entristezca, que la prensa autorizada se estienda en pavorosos vaticinios, que la *Gaceta* convierta en ataudes los pupitres de innumerables empleados, que se siembren vientos precursores de, al parecer, no lejanas tempestades, ello es que Madrid bulle, goza y se agita en placeres, ello es que Madrid se ha de divertir y que Madrid se divierte. De diez á doce mil almas asistieron no ha muchas noches, á un concierto de los Campos Elíseos: hallámonos, pues, concertados, los habitantes de la coronada, para olvidar el *ayer*, para regocijarnos en el *hoy* y para despreciar las amenazas del *mañana*. Un minuto de vida espansiva, veinte y cuatro horas de olvido, una semana siquiera de esperanza de que no hemos de perder nuestro apego á nuestras costumbres, y todo se ha salvado. Madrid se divierte, hace bien; ocupémonos gravemente en distraer nuestros males, para

que no nos quede tiempo de pensar en ellos, ni lugar de evitarlos. Mientras ellos existan tendremos pretesto para divertirlos: una lágrima de dolor puede producir muchas lágrimas de risa.

Los goces humanos, no obstante, son efímeros. Para probarlo voy á contar á mis lectores un sucedido de no sé qué época: mas es necesario que atraveseis con migo, en alas de la curiosidad, el Pirineo. Estamos en París, centro de lo grande, de lo absurdo y de lo maravilloso. Allí entre el rumor de las últimas exhalaciones del corazon, se mueve y se gasta un mundo jóven, que dice que no quiere abandonar el mundo real, sin haberle conocido. La mentida felicidad se ensancha, á cada paso en que se agosta una ilusion, y cada triunfo cuesta una fortuna y cada gloria cuesta un infierno. Pues bien, allí vivia una vez, un caballero jóven y arrogante, de improvisada alcurnia: el amor era para él un dios, los diamantes valian menos porque habian brotado á sus pies, y su distincion, sus prendas personales, sus riquezas y su empleo, unidos al atractivo de su figura, hicieron del hombre el tipo del héroe de novela. Disputábanse su sonrisa las damas y envidiaban esta preferencia sus jóvenes amigos; uno de ellos, español por mas señas, y que aun conservaba un resto de ese candor primitivo, que dichosamente todavía no se ha estinguido en nuestro pais, sobre escitado por el deseo de estrechar su trato, con aquel númen de tantas adoraciones, vióse un dia envanecido con la singular honra de obtener una cita del gran objeto de su admiracion. Asistieron á ella los dos jóvenes; el poderoso abrigando una sospecha indigna del español y éste engreido con tal prueba de confianza. Para referir el desenlace de la entrevista, se me cae la pluma de la mano. El estranjero previno una emboscada de acuerdo con otros de sus amigos, y el español solo y sin defensa, fue maltratado. Exigido por éste una satisfaccion honrosa se le negó; pero ahora entra lo mejor del caso. Las causas nobles siempre cuentan aquí paladines esforzados. Un allegado del ofendido, mas ilustre que el ofensor, saltó como un rayo, desde la orilla del ruin Manzanares á las márgenes del orgulloso Sena; llegó, vió al miserable hazañoso, y le venció en campo abierto y espada en mano, oponiendo á la esgrima de la malicia, la pujanza de un corazon entero. Contuso en el pecho y herido en un brazo, quedaba el burlador de un inocente, cuando el verdadero desfacedor de agravios tornaba á su pais, con el fuerte brazo, aun erguido y la conciencia de un deber satisfecha. Desde entonces y por entonces, no ocupó la atencion de aquel mundo, otro suceso mas importante, y quién sabe si todavía quedarán vestigios de él. Yo confieso mi debilidad de entusiasmo; complaciérame en estremo haber podido estrechar aquella mano que se estendió á cien leguas de distancia para lavar una injuria. Y hasta este punto llega la anécdota.

Ahora quiero hablaros del Teatro Real y de las condiciones con que nuevamente se ha sacado á subasta. Dejo á un lado la cuestion de si se ha debido ó no rescindir el contrato leonino para el Estado, conque esplotaba Bagier, el regio coliseo; en el centro de la Administracion, se debe haber formado el oportuno espediente y de él resultará, en su dia, la legalidad con que se haya procedido. Este asunto, no pertenece al dominio de la opinion rutinaria y vulgar de un café, ni al juicio poco maduro de la prensa; por eso no se debe entrar á juzgar una resolucion cuyo fundamento es desconocido. Lo cierto es, que se convocó á una nueva subasta, mediante un pliego de condiciones en el cual se ha estudiado, como nunca, el medio de equilibrar los intereses del gobierno administrador, los del publico y los del empresario: lo cierto es que no se ha dejado de corresponder, ni en una clausula, á las exigencias de la justicia y á pesar de esto, ¡quién lo diria! los acerrimos é implacables enemigos de la empresa Bagier, aquellos que no daban tregua á sus censuras, cuando se hallaba al frente del teatro, el mañoso empresario, han sido los primeros en levantar una cruda tormenta, contra el susodicho documento.

Y entro á ocuparme en las escasas novedades teatrales, de la última quincena. En el teatro de VARIEDADES, ha representado en español, la señorita Civili el drama traducido por el señor Vega, *Amor de madre*. Esta obra agradable en su primer acto, é interesante en el segundo por las situaciones altamente dramáticas que contiene, ha sido interpretada, esta vez, por actores españoles de segundo órden. El señor Quintana encargado del papel de Lord Melvil, se esforzó por complacer, lográndolo en alguna escena, á pesar de su afectacion y de sus inflexiones de voz, en las que imita á su compañero el señor Delgado. La señorita Ruiz, novicia en el arte de la declamacion, merece indulgencia y vence asi consejo. Este se reduce á que procure sentir mas y sermonear menos. En cuanto á los señores Alisedo y Capo, diré que hicieron lo que pudieron y que en la ocasion de que se trata, han podido poco, especialmente el último, amanerado y frio, como de costumbre. Carolina Civili, se va posesionando de la escena española: en *Amor de madre* tiene momentos de sublime inspiracion, pero en otros decae, porque no la es posible todavía, prescindir de la tirantez y de las convenciones de la escuela italiana. Sin darse cuenta de ello, abandona, en la ejecucion de esta obra, la forma dramática, para levantarse á la tragedia ó descender á la comedia y aunque los recursos del arte la ayudan á vencer las dificultades de la frase y de la entonacion, el concepto se halla alguna vez desatendido y no logra conmover profundamente. En la lectura de la carta, la encontré mas artista que madre y aun huyendo de comparaciones indiscretas, no pudé menos de recordar á Matilde Diez, inimitable y sentida siempre, en tan supremo instante. Aparte de estas consideraciones, la Civili siempre es digna del aplauso unánime que se la tributa, por sus portentosas cualidades escénicas.

Restame dedicar algunas líneas, al concurrido teatro de Rosini, centro de la sociedad distinguida de la córte y alivio de los fatigosos ardores del verano. En el se ha cantado últimamente la preciosa ópera *Julieta y Romeo*, que no se habia oido en Madrid desde la época en que la D'Angri la interpretó á las mil maravillas. Hay recuerdos artísticos imperecederos y este ha influido un tanto, en el juicio formado acerca del desempeño, por parte de la señora Natien Didier. Con esta artista ha compartido la señora Garulli, el peso de su compromiso y justo es confesar que han merecido la benevolencia del público. Pero el acontecimiento esperado con impaciencia, ha sido la representacion de la *Norma*, en cuya incomparable partitura se presentó ante el público español, el martes, la señora Grua. No es posible juzgar á una cantante por la impresion de una noche y mucho menos en esta ocasion, teniendo en cuenta que á la artista de que se trata, reputada ya honrosamente, se la recibió con chicheos de protesta á los aplausos que la tributaron galantemente los espectadores sensatos. Esas manifestaciones intempestivas que tan frecuentes se van haciendo en nuestros teatros, cuando no se hallan justificadas como en el caso presente, rebajan al público y le colocan en el terreno de una parcialidad y de una intolerancia bochornosas. No quiero yo decir que debamos aceptar todos los artistas que se nos presenten; si que nos hallamos obligados á obrar con prudencia y con reflexion en nuestros fallos. Además, la predisposicion de un auditorio inteligente, debe tender á la benignidad, porque el que empieza por ser intransigente acaba por ser injusto. Dicho esto, dejaré consignado que la señora Grua, me parece una artista de conciencia y que pertenece á la buena escuela; sus facultades no se hallan en su plenitud, pero todavía podrá alcanzar nuevos lauros. En el trascurso de la ejecucion de la *Norma* y especialmente en el acto tercero, reveló sus apreciables condiciones artísticas, sus dotes de actriz y de cantante de primo cartello. Aguardemos á verla despojada del natural temor de una primera representacion y el tiempo nos dirá, ó yo me equivoco, que es digna de consideracion y aplauso. La señora Garulli desempeñó su parte de Adalgisa, brillando por su fresca voz y avalorando las notas. Tiempo hacia que no se interpretaba dignamente este papel. Tamberlick menos rudo que lo que requiere el Polion, pero siempre inimitable en la frase y en los puntos agudos. Vialetti ostentando su vigorosa voz, pero descompuesto y esagerado en la accion. Los coros contribuyendo poderosamente al buen éxito y la orquesta á la misma altura. La ópera puesta en escena con gran propiedad y siendo los romanos, guerreros y no druidas, como de costumbre. En el acto último se estrenó una decoracion digna del acreditado pincel del señor Pla. Creo que la *Norma* producirá un satisfactorio resultado á la empresa y lo celebro.

DON GIL CARMONA.

A LA MUERTE DEL ILUSTRE POETA

DON ANGEL SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

SONETO.

En las manos de Dios mágica lira
Contempla el cielo con deleite inmenso;
Y... ¡ved! Rasga Saavedra el velo denso,
Y ya en el don del Creador se inspira.
España inconsolable te suspira
Númen feliz, y en su dolor intenso,
No mira el campo que ha sembrado estenso;
Ha visto solo que su genio espira.
¡Oh! En la Inmortalidad, templo grandioso,
De donde gloria por do quier difundes,
Mi humilde pena acogeras gozoso;
Y cien generaciones tu alto nombre
Invocarán porque su lauro fundes:
El tuyo es mas de lo que alcanza el hombre.

LUCIANO GARCIA DEL REAL.

CANTARES.

Soñaba yo con el bien,
Soñaba con tu palabra,
Con tu lealtad y ternura.
¡Santo Dios, cuánto soñaba!

El niño que te adoró
Hoy un cambio solicita:
Vuélvele sus ilusiones;
El te dará tus mentiras.

Cuando mires conmovido
A tu galan, en secreto
Dile que tambien así
Miraste á tu amor primero.

Todos celebran tu pie,
Todos al verlo lo alaban...
¡Ninguno siente cual yo
En el pecho tus pisadas!

JUAN MANUEL MARIN.

EL SOL DE PERICO.

(CONTINUACION.)

V.

La prima de Perico, la hacendosa y diligente muchacha, la perlita de Celorio, que tal pudiera llamarse María por lo bella y por lo buena, baja hasta la pared ó *mirio* que se halla junto á la poza, mira de nuevo hácia el crucero de caminos, donde sigue plantado el vespertino galan, salta, sin tocar casi en las piedras, y sabiendo, por la geometría que le enseña su amor, que la línea recta señala el camino mas corto, sin hacer caso de los senderitos que encuentra, atraviesa como una sombra por los espesos maizales sin tronzar un solo pie, se para cautelosamente junto al crucero, y poniendo las dos manos junto á la boca á manera de embudo para ahuecar la voz, grita sonriendo picarescamente: «¡Anton! ¡Antooooon!...

—¡A ver si sales de tu escondite, Marica! dice el mozo, volviendo la cabeza hácia donde oye la voz disfrazada de su novia.

María se pone de un salto junto á Anton, riyendo á carcajadas y celebrando inocentemente la gracia con que pretendia asustarle.

—Tú *quies matame* á sustos, Marica, dice el muchacho, riendo tambien y dirigiendo sus pasos hácia la portilla que, para evitar la invasion del ganado, allí cerca cierra el camino, marcando el tortuoso y encallejonado que conduce á las aldeas de Valmori, Quintana y Posada.

María y Anton torcieron despues por un camino pedregoso y temible en noches menos claras que aquella, y bajando á una calleja, intransitable en los dias de invierno, llegaron á una casa levantada sobre peñas, mas humilde que la del tio Juan y habitada por los padres de María.

Anton es un mozo de elevada estatura, como se habrá deducido de las burlonas frases que le dedicó Perico en su diálogo con María. Su cara es larga, agraciada, morena, mas de lo que parece á la luz de la luna que la baña en el momento en que la examinamos y que un tanto la blanquea, por decirlo así, como para disimular el paño oscuro que le ha regalado el sol, no el de Perico, sino el ardiente sol que le sorprende muchas veces en medio de la cria despuntando maiz y en medio de los prados segando ó dando vueltas á la yerba. Porque Anton es el reverso de la medalla de Perico, es decir, activo y trabajador como él solo, y tan solo, que apenas se encuentra otro ejemplar en la aldea, aunque se busque con candil de dos mecheros y aun con la misma escudriñadora y trascendental linterna de Diógenes.

El galan de María no las tenia todas consigo desde que por la aldea se corrió el empeño con que los padres de la muchacha trataron de casarla con su primo Perico, empeño anterior á la muerte de la tia Antona.

En efecto; tanto los padres de María como los de Perico quisieron que *todo quedase en casa*, como solia esclamar el tio Juan. Los padres de María veian en Perico el único heredero del laborioso labrador que habia hecho su capitalito, bien claro á la vista, para que no diese lugar á dudas, en muchos y hermosos pedazos de maiz y en un par de prados agradecidos que, con sendas carretadas de esquisita yerba, devolvian muy doblada á su dueño, tres veces al año, la riqueza que en abono con ellos iba depositando, amen de la fresca y abundante otoñada con que el ganado del tio Juan se regalaba sosegadamente hasta alcanzarlo con la pezuña, ya que no con el dedo.

El tio Juan y la tia Antona vieron en María la muchacha hacendosita, humilde, inclinada al trabajo, nada *cortejadora*, como en el pais llaman á las aficionadas á galanteos y amoríos y poco dada á echar los brazos al aire en la *danza prima* y á revolver el cuerpo y lucir

INFLUENCIA DEL CIRCO

RECUERDO DE MR. BATHY.

—¡Chiquillo, estás endiablado!
Que te va á arañar la cara.
—Quiá, no señor, si la tengo
Ya casi domesticada.

RECUERDOS DE LEOTARD.

—Don Restituto, ¿es posible?
¿Ha perdido usted el seso?
—¡Voto á!!! si no es por la silla
De esta vez cojo el tercero.

las caderas en el *Pericote*, animado y gracioso baile aaracteristico y peculiar de las aldeas de aquella parte de Asturias.

Pero la tia Antona, que murió con tan tristes temores acerca del porvenir del hijo de su alma, en los últimos dias de su vida perdió tambien la esperanza de que llegara á verse tan bien casado Perico, á quien no disgustaba la prima, pero en quien no vencia el amor al eterno afan de ver el sol, claro ó turbio y, por tanto, de revelar su implacable odio al trabajo.

Desde que faltó la tia Antona, fueron entibiándose algun tanto los deseos de los padres de María, quien, sin embargo, iba por mandado de ellos, desde el amanecer hasta la noche, á arreglar la casa y el ganado del tio Juan, quien la queria como si fuera hija, consolándole algo la solicitud y constante afan de la muchacha de los disgustos que le proporcionaba el carácter incorregible de Perico.

El padre de María, á quien por su corpulencia llamaban los vecinos *el tio Pepon*, y que cifraba su orgullo en su apellido de Posada, notable á no dudar en aquel pais y cuyo orígen ilustre aprendió el tio Pepon en unas crónicas empergaminadas que poseia el señor cura; el padre de María, digo, es el que no desechaba del todo la idea de la boda de la chica con Perico, porque le ofuscaba un tanto la por él exagerada riqueza del tio Juan, con la que soñaba que podia caminar su hija á tornarse princesa no indigna, como el decia, de los timbres de aquel *señoron de campanillas*, que al llegar á tierra de Asturias, echó á volar uno de sus halcones, esclamando:

«En donde éste halcon posare,
allí faré mi *posada*.»

Y cuando al tio Pepon esponia su mujer el abandono de Perico, solia decir él: «¡Qué lástima! Juan es un pobre Juan Lanas, un infeliz padrote, que deja que se aflojen las cuerdas del hijo; que si por mi cuenta corriera el estirarlas...! oh! entonces habia de andar el garrote listo, y, al sol y á la sombra, yo haria entrar en vereda al rapaz.

Mas tarde, cuando Anton empezó á rondar tímidamente á María, y, sobre todo, cuando el muchacho, desechandole miedo, declaró su pensamiento atrevido, cantando coplas al pie de la ventana de la moza, casi niña, empezaron á tener sus altercados el tio Pepon y su mujer, que concluia sus razonamientos comparando la laboriosidad de Anton, capaz de llegar por su camino á donde el tio Juan, con la holgazanería de Perico, que se pintaba solo para dar en el suelo con la casa levantada por su padre.

Estas comparaciones siempre dejaban caviloso al tio Pepon. En la noche de luna en que hemos visto á María llegar á casa de sus padres acompañada de su galan, éste se sintió un tanto contrariado al hallar sentado en un poyo al tio Pepon, que desde que divisó á la enamorada pareja, empezó, como tenia de costumbre cuando se ponia á cavilar, á rascarse la cabeza, echando atrás la montera con una mano y dando vueltas con la otra al bolsillo izquierdo de su chaqueton de bayeta amarilla, rebuscando tabaco por os rincones. Mientras tanto su mujer, con esa sagacidad natural que distingue al sexo, salió al encuentro de los muchachos y dijo á María:

—Mira, Marica, corre en un instante á ver si la señora de don Rafael, el indiano, te da naranjas ó limones *pa* un refresco que necesito, que me lo dijo Blas, el cirujano, y la señora de don Rafael, cuando pasó el domingo á misa con las señoritas, me dijo lo *mesmo* al *veme* los ojos *encendios* como ascuas.

—Y yo, dijo Anton algo cortado, voy á preguntar al amo donde *quier* que nos *amaneza* mañana, que en el prado del *Toro* y en *Pozabal* habrá que *day* vuelta á la yerba. Con que, buenas noches.

—Anda con Dios, hombre, contestó la madre de María, con un acento dulce y cariñoso que amimó el corazon enamorado del muchacho.

—Siempre la soga tras el caldero, esclamó poco despues el tio Pepon, interrumpiendo sus cavilaciones. Y no me gustan esos paseitos de noche, que ya dan que hablar á los vecinos, sobre todo al tio Cuervo, que tien una lengua ¡Dios nos libre!... Y luego se la echa conmigo de apellido illustre el *endino*...

—Y ¿á tí qué te importa la lengua del tio Cuervo?

—¡Vaya si me importa! ¡Y si fuera solo la lengua! Y luego, tú siempre abusando de la bondad de la señora de don Rafael. Don Rafael y su señora son demasiado buenos, que siguen remediando las necesidades de los vecinos que á ellos acuden, despues de *habelos dao* mas *patáas* los *desagradecios*! Dígalo el tio Cuervo....

—*Pa too* sacas á relucir al tio Cuervo, hombre. Otros hay que no son cuervos y si palomas sin hiel. Y mira, ya que hablas de la bondad de don Rafael y su señora, tú verás cómo saben pagar los servicios de Anton, vamos al *dicir*... cuando llegue el dia de... vamos, yo me entiendo.

El tio Pepon, por toda respuesta, volvió á echar atrás la montera, á rascarse la cabeza con una mano y á dar con la otra vueltas al bolsillo izquierdo del chaqueton, con grandes muestras de entrar en profundas cavilaciones. La mujer del tio Pepon, conociendo el efecto que en él hacian sus últimas palabras, dejole solo, despues de haber visto desaparecer á lo largo de la calleja á su hija y al bueno de Anton, á quien no podian menos de dar en qué pensar y qué temer las rascaduras de cabeza de su presunto suegro.

(Se continuará.)

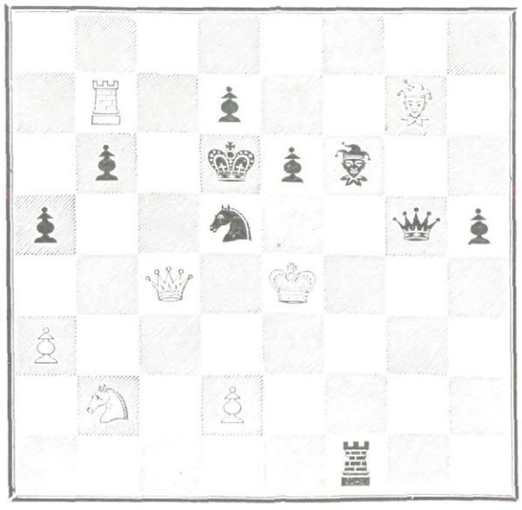
EDUARDO BUSTILLO.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 24.

COMPUESTO POR D. M. FONTANA (DE LORCA.)

NEGROS.



BLANCOS.

(LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS.)

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚMERO 22.

Blancos.	Negros.
1.° T 5 T D	1. A 1 T (A) ó B (C) (D)
2.ª C e T R.	2.° Cualquiera
3.° C 3 C R Mate.	
(A)	
1.°	1.° A 4 A D ó 5 D
2.° C e T R	2.° A 7 A R
3.° T 1 P D Mate.	
(B)	
1.°	1.° A 6 C D
2.° C 3 D	2. Ad libitum.
3. C 7 C D Mate.	
(C)	
1.°	1.° C 2 R
2.° C 4 C R	2.° Cualquiera.
3.° C 6 T R ó T 1 P Mate.	
(D)	
1.°	1.° A 5 R
2.° P 1 A Mate.	

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo, don G. Dominguez, don C. Valdespino, don J. Oller, don E. G. de Castro, don V. Lopez, don R. Canedo, don A. Martinez, don V. M. de Carvajal, de Madrid; don J. Martinez, casino de Tobarra; don A. Galvez, de Segovia; señores aficionados del casino de Lorca.

Las demas soluciones son inexactas.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚMERO 10.

Blancos.	Negros.
1.° C 8 A R Jaque.	1. R e D.
2.° C 6 R Jaque.	2.° R 2 D.
3. P 8 A R Se hace caballo y mate.	

SOLUCIONES EXACTAS.

Don A. Garcia, de Madrid; don J. Martinez, casino de Tobarra.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

La salud es el don mas precioso que Dios concede al hombre.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.